

# La cabrita

Gustavo Menéndez



Image not found.

## Capítulo 1

El Mono llegó hasta mi casa con los ojos desencajados y entró como un torbellino. Hacia fuerza para no llorar. "Daniel, Daniel", gritaba desde el pasillo. Yo salí alertado por su vozarrón. "Me robaron los ahorros para el viaje de egresado", dijo y me abrazó como si fuera un hermano. Se aferró a mí como un náufrago se aferra a un tronco en el medio del océano. Después se desplomó en uno de los sillones del living y se quedó como adormecido por la rabia. Como amigo de siempre intenté palabras de comprensión y atemperar el desconsuelo. Pero el Mono estaba en trance. No escuchaba. Cada tanto solo repetía: "que hijos de puta, que hijos de puta". Y acusaba a los del barrio *Las Ranas* por el robo.

Al Mono lo adoptamos como amigo en cuarto o quinto grado. Nuestro grupo de amistad era acotado: Julio, Rafael, Claudio y yo. Todos vivíamos a no más de dos cuadras de distancia entre nosotros. Nuestros padres eran amigos entre sí y nosotros seguimos esa tradición. Fuimos al mismo colegio y desde primer grado nos mantuvimos juntos. Al Mono lo conocimos en tercer grado. Llegó de otra escuela y desde un primer momento sobresalió por ser el más robusto y alto del curso. También se destacaba por su brutalidad en los juegos y el poco apego al estudio. No recuerdo como le abrimos la puerta de nuestra amistad pero que el derecho de admisión fue duro y tortuoso. Por momentos hasta cruel, por las pruebas a la que fue sometido. El Mono agradeció siempre nuestra amistad.

Poco a poco se sumó al clan. Era como un custodio personal. Nos defendía en peleas escolares, en partidos de fútbol o en las fiestas. Se hizo uno más de nosotros. "Como los quiero", decía siempre. Y lo decía de corazón porque se emocionaba al ser uno más del clan. Cuando terminamos la escuela primaria, nos inscribimos en el Colegio Nacional. El Mono quería ser mecánico y había elegido estudiar en el Colegio Industrial. Un mediodía llegó a mi casa y con una sonrisa amplia dijo: "me borré del Industrial voy a ir al Nacional; como los voy a dejar solos".

En la secundaria el Mono sufrió una transformación que nunca supimos cómo surgió. Sus gestos, sus manos peludas y su andar era cada vez más parecidos al de un simio. Se hizo estudioso y pretendía ser antropólogo para entender el origen del hombre. La mayor sorpresa fue cuando inició un romance con Patricia que era la más bella del curso. Bella y sensual. De un culo perfecto. Primero creímos que ella solo jugaba con nuestro Mono pero después nos rendimos ante la evidencia que eran novios. Todos los fines de semana salíamos con él y con Patricia. Ella le bailaba alrededor brincando como una cabrita. Y el Mono se movía a su lado con la lentitud de una tortuga. Aquel noviazgo para mí imposible me llenó de

odio porque en secreto amaba a Patricia.

En el viaje de egresados, que el Mono no pudo hacer culpa del robo, desplegué toda mi astucia, que no era mucha, para tratar de fornicarme a Patricia. No tenía otro fin ese viaje que estar junto a ella. Patricia coqueteaba con todos, pero no cedía a ninguno. La cabrita era una muchacha difícil. Una madrugada de alcohol intenté todas las formas de desprestigio hacia el Mono, hasta las más aberrantes. Ella se quedó a mi lado hasta el amanecer. Después caminamos hacia el hotel. Las noches siguientes fueron iguales. Resistió todos mis embates. Su culo nunca me lo saqué de la cabeza.

En el viaje de regreso la cabrita me dijo que nunca se creyó mi acoso amoroso. Y que todo era parte de un plan para probar la fidelidad de ella hacia el simio de su novio. "Que buen amigo que sos", dijo y luego durmió recostada en mi hombro. Tres días después el Mono llegó a casa y me abrazó como a un hermano. Agradeció mi custodia personal a su novia y yo le regalé dos cajas de alfajores de chocolate, que compré con su dinero robado.